

Los escritores españoles y la tentación de la muerte

Blanca Bravo

«No sé por qué, no sé por qué ni cómo
me perdonó la vida cada día».
Miguel Hernández.

«Y el espanto profundo de mirarse a las manos / como si uno aún un ser vivo fuera»¹. Así se descargaba Leopoldo María Panero en uno de sus *Once poemas* firmados en el año 1992. La nostalgia –a pesar de todo– de la vida pasada, que considera peor de lo que pudo haber sido, la convicción de un terrible *ars moriendi* que acompaña al hombre desde que empieza a vivir –heredado en cada lectura de los escritores barrocos– y la posibilidad de dejar por escrito una muerte voluntaria son temas que se acumulan en los versos de Panero, unos versos que reflejan bien el pensamiento de un poeta obsesionado por el valor del fallecer. Sin embargo, a pesar de la literatura, Panero no ha logrado matarse. El escritor que intenta suicidarse, el que lo consigue y el que obliga al suicidio a sus personajes son algunos de los hilos que mueven este artículo, porque los escritores y la muerte conforman una pareja que viene de lejos, de lo clásico y los clásicos, desde el principio de la palabra. En uno de los relatos cortos más antiguos *Los dos hermanos: Anpu y Bata*, cuento egipcio fechado aproximadamente el año 1400 a. C., se hacía referencia al suicidio. Lo afirma Ron M. Brown en *El arte del suicidio*², un acertado análisis de la imagen de la muerte en distintas manifestaciones artísticas: escritura, pintura, cerámica. También la primera nota de suicidio conservada es de la civilización egipcia, data del siglo III a. C. y fue firmada por un consejero al faraón al que servía³. Los griegos valorarán posteriormente el suicidio

¹ Leopoldo María Panero, *Poesía completa, 1970-2000*, Madrid, Visor Libros, 2001, p. 451.

² Ron M. Brown, *El arte del suicidio*, Madrid, Síntesis, 2002.

³ *Recoge el dato Ramón Andrés en Historia del suicidio en Occidente*, Barcelona, Península, 2003.

como una de las opciones de acabar una vida, como Medea, de la que Dida teme que se clave un puñal por despecho⁴. La muerte voluntaria de los antiguos, entonces incluso heroica, fue considerada un tema profundo y lo suficientemente importante como para que quedara perpetuado en los primeros papeles escritos y en las primeras obras de arte literarias.

El suicidio es un tema amplio y cargado de matices que permite numerosos calificativos: morboso, atrayente, tabú, intrigante y temido. En una brevísima consideración del acto del suicidio, recordamos que había sido venerado en la Antigüedad, silenciado en los principios del cristianismo, demonizado tras las teorías maniqueístas de San Agustín y recuperado para la estética de lo fatal en el siglo XIX cuando la locura romántica invadía la voluntad artística. El suicidio, en fin, acabó derivando en el siglo XX en dos lecturas radicalmente opuestas e imposibles de reconciliar: heroísmo o locura⁵. Sin embargo, en un sentido profundo, el suicidio –lo demostró Émile Durkheim en su ya clásico estudio titulado precisa y escuetamente así, *El suicidio*⁶–, tiene mucho de mezcla de desaparición y de deseo de desaparición. Una es real, el otro imaginario. Cuando Durkheim lo define como «todo caso de muerte que resulta directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, llevado a cabo por la propia víctima que sabía que iba a producir ese resultado», quedan excluidas las acciones inconscientes que desembocan en la propia muerte. Y aquí es donde el misterio de la muerte voluntaria se hace mayor, ya que un muerto no puede contestar ninguna pregunta, no sabemos si pretendía realmente quitarse la vida o si sencillamente había estado coqueteando con la idea de dejar de ser cuando definitivamente –y, a lo peor, trágicamente en el último momento– desapareció. «Todo suicidio –escribió Castilla del Pino– deja pendiente el gran problema de la vida, es decir, el tema, por expresarlo de alguna manera, del texto que constituye el decurso existencial de cada cual»⁷. De forma que la muerte y la idea de la muerte son hermanas y desembocan en una bifurcación que marca los límites entre realidad y ficción. Y si alguien sabe de ficción, éstos son los escritores. Una

⁴ Eurípides, *Medea*, Barcelona, La Magrana, 1994.

⁵ Para ampliar la historia de la valoración del suicidio remito al lector a *El arte del suicidio*, de Ron M. Brown e *Historia del suicidio en Occidente*, de Ramón Andrés, ambos referenciados en la bibliografía final.

⁶ Émile Durkheim, *El suicidio*. Estudio de sociología, Madrid, Losada, 2004.

⁷ Carlos Castilla del Pino, «Otto Weininger o la imposibilidad de ser», prólogo a *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, Barcelona, Península, 1985, p. 5.

gran cantidad de literatos decidió matarse y otros tantos escribieron sobre el suicidio. De los suicidados, es cierto que quizá por tratarse de personajes públicos, su muerte suele divulgarse de forma amplia y puede que la cantidad de escritores que decidieron autodestruirse no sea realmente significativa, comparada con otros grupos de población —no existen estudios, que yo conozca, sobre la tasa de escritores suicidados cada año—⁸. De hecho, en contraste con otras profesiones que implican un gran esfuerzo físico o una rutina abusiva, puede que los escritores se suiciden poco. Y, sin embargo, también se suicidan y ese último gesto puede rastrearse en las palabras que nos legan, como un trágico capítulo que cierra la biografía del autor como si se tratara de un esfuerzo postrero de creación.

Que hay numerosos escritores que decidieron matarse queda claro tras hojear algunas antologías recientes dedicadas a recoger plumas suicidas: Ambrose Bierce, Guy de Maupassant, Henri Roorda, Leopoldo Lugones, Jack London, Horacio Quiroga, Stefan Zweig, Virginia Woolf, Ryunosuke Akutagawa, Jacques Rigaut, Ernst Hemingway, Robert Ervin Howard, Cesare Pavese, Dazai Osamu, Malcolm Lowry, José María Arguedas, Dylan Thomas, Bohumil Hrabal, Calvert Casey, Héctor Álvarez Murena, Yukio Mishima, Sylvia Plath, Danilo Kis, Reinaldo Arenas y Luis Criscuolo constan en una de esas recopilaciones de material literario de suicidados⁹. En este caso, el orden se aplica por la fecha de nacimiento, de modo que esta lista heterogénea de nombres tiene poco más en común que lo de ser escritores que acabaron por matarse. Todos tuvieron un motivo, aunque no fuera más —ni menos ciertamente— que el cansancio de vivir.

Ningún escritor español se incluye en la mencionada antología prologada por Benjamín Prado, quien sentencia que «la muerte no tiene pasado». Y, sin embargo, el pasado esconde las razones que llevaron a la muerte a esos escritores. Decíamos que ningún español es incluido,

⁸ Felicia R. Lee en un artículo aparecido en *The New York Times* / *El País* reflexionó sobre la tendencia suicida de los poetas. Basándose en las ideas de James C. Kaufman, afirma: «Si se compara con la ficción y la no ficción, la poesía suele ser más introspectiva. Esto le ha llevado a concluir [a Kaufman] que probablemente los índices más altos de mortandad de los poetas estén relacionados con sus índices más altos de desequilibrio mental».

⁹ *Suicidas*. Antología, Madrid, Opera Prima, 2003. Eduardo Tijeras, autor de uno de los estudios pioneros del tema de los escritores suicidas con su libro *El estupor del suicidio*, aparecido en noviembre de 1980, en el que enumera y analiza a otros tantos escritores. Después de un estudio teórico sobre las motivaciones del suicidio y de la consideración cultural y social del acto final, biografía a más de cincuenta escritores que acabaron cayendo en la tentación de la muerte voluntaria.

pero también los hay, trágicos suicidas que murieron porque amaron demasiado la vida y se cuestionaron profundamente el sentido que tenía continuarla cuando consideraron que todo era ya para nada.

Que el atormentado Ernst Hemingway se pegara un tiro cansado de amores que empezaban y se rompían, agotado por un alcohol que le provocaba duras resacas y extenuado de luchar contra recuerdos bélicos instigadores, parecía previsible. Que la abandonada Sylvia Plath metiera la cabeza en un horno parecía consonante con su anterior intento de suicidio, con su desesperación por no ser –según creía ella– la mejor escritora, la mejor madre, la mejor esposa y supuso el final de la decepción que venía de otro intento de suicidio anterior. Incluso que se suicidaran Stefan Zweig, Horacio Quiroga, Virginia Woolf, Primo Levi y Reinaldo Arenas podría explicarse desde la desesperación de la huida, unos de los fantasmas, algunos de la locura y otros de la enfermedad. En este sentido, también podíamos esperar que el apasionado romántico que era Mariano José de Larra (1809-1837) acabara disparándose en la sien, en un gesto que cerraba una biografía hecha para la provocación en un tiempo que siempre consideró demasiado rancio. El genial periodista que fue Larra iba anunciando su muerte entre las líneas de sus artículos, en los que el lector avisado tiene que ver más un lamento que una crítica. Entendemos a Larra en su suicidio, dolido por los celos, atormentado, como buen romántico, por un amor no correspondido y recreamos su muerte con las palabras que nos dejó la escritora Carmen de Burgos en su excelente biografía –también romántica– del periodista¹⁰. Sin embargo, un toque de pesimismo crónico va tiñendo los artículos de Larra de dolor y de una ironía demasiado ácida. Dice Carmen de Burgos que la decisión fue pasional e irracional, pero es muy probable que Larra la hubiera sopesado en más de una ocasión, así que no resultaría tan irreflexiva, puesto que fue directo al arma y disparó sin dudar. Poco antes había escrito el «delirio filosófico» titulado *La nochebuena de 1836*, que acababa con una voz que golpeaba espiritualmente al *alter ego* del escritor: «Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Entre ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora: tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a

¹⁰ Recogemos el fragmento del suicidio de Mariano José de Larra relatado por Carmen de Burgos en su estupenda biografía titulada *Figaro en el segundo artículo de este dossier*.